

El historiador y la muerte

Reflexiones a partir de Michel de Certeau

Federico Guillermo Lorenz

Historiador integrante del Núcleo de Estudios sobre
Memoria-IDES.

ESTUDIOS • Nº 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

“Oscurecía cuando desembarqué. En el muelle el marinero que atrapó al vuelo la amarra y la ató a la bita se parecía a uno que había sido soldado conmigo, y había muerto. Era la hora de la venta del pescado al por mayor. Un viejo cargaba una cesta de erizos en una carretilla; creí reconocerlo; cuando me volví había desaparecido en una calleja, pero comprendí que se parecía a un pescador que, viejo ya siendo yo niño, no podía seguir estando entre los vivos. Me turbó la vista de un enfermo de fiebres acurrucado en el suelo con una manta sobre la cabeza: mi padre pocos días antes de morir tenía los ojos amarillos y la barba hirsuta como él, tal cual. Volví la mirada: no me atrevía a mirar a nadie más a la cara”.

Ítalo Calvino, “Las ciudades invisibles”,
Las ciudades y los muertos. 2.

La historia y la muerte

La muerte es un viejo objeto de estudio y reflexión desde las más diversas ciencias y disciplinas. Es, sin embargo, una preocupación humana mucho más antigua aún, mediada desde la Modernidad por diversos recursos culturales que han buscado alejarla del cotidiano. Aislarla, diríamos, de la *vida*.

Frente a esta mediación, el trabajo de los historiadores instala una inquietante ambigüedad. Para Michel de Certeau, este “hace entrar en esce-

na a una población de muertos –personajes, mentalidades o precios. A pesar de modos y contenidos diferentes, la historia permanece unida a su propia arqueología de principios del siglo XVII (...) La historiografía tiene la misma estructura de los cuadros unidos por una trayectoria. Representa a los muertos a lo largo de un itinerario narrativo” (de Certeau, 1993:116). Ese recorrido es a la vez un reaseguro frente a la presencia disruptiva de la muerte. Los “modos y contenidos diferentes”, por su parte, aluden a las distintas formas y prácticas sociales (observables y enmarcables históricamente) en relación con la muerte. Pero la Historia también es una de ellas.

Existe un camino más “literal” de acercarse a la muerte como objeto, que es aquel que se plantea analizar las formas en las que distintas sociedades en distintos momentos históricos se han relacionado con ella. De este modo, se mantiene la distancia de lo incomprensible, permanece aislado aquello que es pintado como primitivo e irracional, y como una amenaza para una lectura y un dominio completos de la realidad:

El ‘último momento’ es sólo el punto postrero donde se refugia, se exagera y se aniquila el deseo de decir. Sin duda lo que en la muerte tiene forma de espera se insinúa mucho antes en la vida social, pero siempre le hace falta enmascarar su obscenidad. Su mensaje se traiciona en los rostros a punto de deshacerse, pero sólo cuentan con mentiras para decir lo que anuncian (...) y uno se abstiene de hacerlas hablar (no nos digan, rostros, lo que no queremos saber). El secreto *inmoral* de la muerte se deposita en las grutas protegidas que le reserva el psicoanálisis o la religión. Habita las vastas metáforas de la astrología, de la nigromancia o de la hechicería, lenguajes tolerados a tal punto que forman las regiones del oscurantismo del que se “distinguen” las sociedades del progreso (...) Se inscribe tal imposibilidad en todos los procedimientos que encierran la muerte o la empujan fuera de las fronteras de la ciudad, fuera del tiempo, del trabajo y del lenguaje, para salvaguardar un sitio (de Certeau, 1996: 117).

Mediante esta ubicación analítica y conceptual de la muerte, es posible dar un paso clave, en función de mostrar la legitimidad científica de la Historia, ya que, al objetivarla, se distancia del componente irracional que también hace a la subjetividad de los historiadores, a la hora de elegir objetos y preocupaciones. Esto es

particularmente importante, si pensamos en el papel que los muertos han cumplido en la construcción de distintas formas de identidades (políticas, nacionales, culturales): los *caídos* por la Patria, los *mártires* de la revolución, las *víctimas* del genocidio, etc., que aluden a formas y prácticas en el modo de relacionarse de los vivos con los que *fallecieron*, *partieron*, *went West*, *desaparecieron*, *murieron por nosotros*, *para que la Patria viva*, etc. Los muertos no entran en diálogo con los vivos más que cuando estos hablan por ellos, y en este sentido es clave el rol desempeñado por la Historia (junto con otras formas de escritura y apropiación del pasado) en la construcción de esas mitologías mortuorias.

Desde un punto de vista general, los muertos conviven con los vivos, por ejemplo, al formar parte de un pasado visto como común. Pero las formas en las que se alude a ellos evitan, paradójicamente, asociarlos al hecho de la muerte: viven en un espacio atemporal, un pasado vivo porque es parte de quienes los recuerdan.

¿Cuál es la relación del historiador con los muertos? La historia reciente, por la apelación a las fuentes orales, por ejemplo, pero sobre todo por la contemporaneidad con los muertos de los procesos que estudia, permite hacernos esa pregunta de un modo urgente desde la contradicción cotidiana de la práctica.

La condición de los muertos en tanto habitantes del pasado es atemporal. La visión de un pasado *ucrónico* en el que habitan los fallecidos en cualquier época, proceso y lugar, es una idealización que resulta más difícil frente a muertos o hechos traumáticos recientes. En este caso, los muertos que nombramos son probablemente los compañeros de nuestros testigos clave, parientes de personas que deambulan por nuestro mismo territorio, cuando no afectos directos del investigador, que con su sola presencia desafían la condición pretérita de los idos que el relato histórico incluye.

La historia reciente cuestiona la afirmación hecha por de Certeau acerca de que “la escritura [*histórica*] sólo habla del pasado para enterrarlo. Es una tumba en doble sentido, ya que con el mismo texto honra y elimina. Hace muertos para que en otra parte haya vivos (...) Como sustituto del ser ausente y encierro del genio maléfico de la muerte, el texto histórico desempeña un papel de actuación excepcional” (de Certeau, 1993:117). Con la posibilidad de interrogar a los vivos acerca de la muerte, revela lo que el refugio epistemológico parecía dejar atrás: la Historia tanto entierra como desentierra. “Yo estuve en la muerte, pero no me morí”, me dice Tita, una anciana que estuvo desaparecida durante la última dic-

tadura militar.¹ Una viva contradice al relato que al explicar la lógica del campo de concentración la entierra para “hacer vivos”. Ella está viva, ha comido conmigo y reído con mis chistes, y sin embargo esa convivencia con los muertos que para ella es algo que late es escrita porque debe ser parte de un pasado.

El viaje más *literal* al reino de los muertos es el del Equipo Argentino de Antropología Forense, que desentierra restos NN para devolverles una identidad. En un sentido metafórico, los historiadores pueden hacer algo parecido: exhuman para dar nombre a aquello que fue llamado de otra forma.

La voz de los sobrevivientes de un campo de concentración, contemporáneos a los lectores de un libro de Historia *aunque allí lo lean como algo pasado*, son aquello que la escritura histórica permite formalmente neutralizar: la presencia de la muerte en la vida cotidiana, y de un elemento inexplicable como parte constitutiva de aproximaciones mentales a la realidad que presumen de poder explicarlo todo. Inseguridad que es doble, entonces, porque es tanto epistemológica como existencial.

Podríamos decir que el *ritual del entierro* que de Certeau ve en la escritura de la Historia² es tanto más efectivo cuanto mayor es la distancia con los muertos que busco tranquilizar, y añadiríamos, cuanto es explicable, racional y aceptable (por los argumentos que sea) es esa muerte.

¿Qué sucede con esa tranquilidad en el contexto de la historia reciente?
¿Cuál es el lugar del historiador cuando los muertos aún no son polvo, sino ausencias que originan búsquedas, palabras en las bocas de los vivos que aún asisten a citas con la esperanza de un encuentro postergado?

Para reafirmarse como ciencia, la Historia, al igual que otras disciplinas, ha debido ser capaz de diferenciarse, construyéndose como autónoma a la realidad

1 Recordemos que en el discurso oficial de la época un desaparecido, según el presidente de facto Jorge Rafael Videla, “no tiene entidad”, *no está ni vivo ni muerto, está desaparecido*. Esa zona difusa es tanto un territorio *utópico* como *ucrónico*. Por otra parte, numerosos testimonios relatan cómo los represores repetían una y otra vez que “ellos decidían quién vive y quién no”, que “eran Dios”, una alteración de la ley natural materializada en el campo.

2 “En el sentido etnológico y cuasi religioso del término, la escritura representa el papel de un *rito de entierro*; ella exorciza a la muerte al introducirla en el discurso (...) Marcar un pasado es darle su lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar negativamente *lo que queda por hacer*, y por consiguiente utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos” (de Certeau, 1993: 116-117).

que estudia y en la que interviene, “ha constituido el *todo* como su *resto*, y ese resto se ha convertido en lo que llamamos cultura” (de Certeau, 1996:10). Desde esa posición de distancia con el objeto (protegida por la *técnica*), por otra parte, se piensan buena parte de las actividades humanas como resistencias o pervivencias de lo antiguo: “Esta separación organiza la modernidad” –sostiene de Certeau– La parcela en insularidades científicas y dominantes sobre un fondo de ‘resistencias’ prácticas y de simbolizaciones irreductibles al pensamiento”.

Sin embargo, cuestiones como la muerte, la subjetividad o las artes dificultan esta visión dualista entre lo racional/racionalizable y lo irracional/subjetivo, y materializan esa contradicción en las prácticas de algunas ciencias: “algunos reconocimientos ya hacen el inventario de las regiones fronterizas y enlazan lo claro y lo oscuro (son los discursos grises de las ciencias mixtas llamadas ‘humanas’, relatos de expediciones que tienden a volver asimilables –si no es que pensables– y a identificar las noches de la violencia, de la superstición y de la alteridad: historia, antropología, patología, etcétera); *la división que las instituciones científicas han producido entre lenguas artificiales de una operatividad regulada y hablas del cuerpo social jamás ha dejado de ser un centro de guerras o de compromisos*” (El subrayado es mío).

Ese “espacio de guerras o compromisos”, cabe destacar, es aquel que el método busca eludir y reducir, pero sobre todo dominar. La historia habla de hombres concretos en situaciones que también lo son, construye un *lugar*, dice de Certeau, “susceptible de ser circunscrito como *algo propio* y de ser la base donde administrar las relaciones con *una exterioridad* de metas o amenazas (los clientes o los competidores, los enemigos del campo alrededor de la ciudad, los objetivos y los objetos de la investigación, etcétera). Esta acción es claramente racional (“cartesiana”, dice el autor) y “constituye *una victoria del lugar sobre el tiempo*. Permite capitalizar las ventajas adquiridas, preparar las expansiones futuras y darse así una independencia con relación a la variabilidad de circunstancias. Es un dominio del tiempo por medio de la fundación de un lugar autónomo” (de Certeau, 1996:42).

Esa visión estratégica de *victoria sobre el tiempo* desde un lugar es lo que da a la Historia el lugar de enunciación científica. Pero este, dice de Certeau, es un no lugar, una abstracción. En consecuencia, se daría la paradoja de que para legitimar un lugar entre otras ciencias, la Historia debería dejar de serlo. Esto porque “al instalar la historia en un no-lugar, se prohíbe a la historia hablar de la sociedad y de la muerte, es decir, se le prohíbe ser historia” (de Certeau, 1993:82).

Para hacer historia, para escribirla, el historiador debe historizarse, es decir, partir de su contexto, de su cotidiano. Pero al sacar a la Historia del no lugar desde el que manipula sus materiales, la coloca en situación de ser también objeto de su práctica y, a la vez, la somete a estas fuerzas subjetivas, resistentes o arcaicas, que forman parte del mundo social. En este sentido, además, al ser la escritura de la historia una escritura sobre muertos, coloca al historiador en el borde de aquello que no se puede nombrar, en la zona gris para la que no hay palabras sino eufemismos, lo obliga a enfrentar aquello que no se conoce pero que debe ser narrado: la muerte.

La muerte ajena y distante

La escritura ha sido para la Modernidad el principal modo de apropiación de la realidad, y una técnica exitosa para asegurar el control sobre los individuos y sus cuerpos:

La práctica escrituraria ha asumido un valor mítico en estos últimos cuatro siglos al reorganizar poco a poco todos los dominios donde se extendía la ambición occidental de hacer su historia y, así, hacer la historia (...) El origen ya no es lo que se cuenta, sino la actividad multiforme y murmurante de producir el texto y de producir la sociedad como texto (de Certeau, 1996:147).

Pero el dominio escriturario no es total. La historia permite escribir sobre los idos, pero es un territorio que no es controlable del todo. No hay palabras para el *después*, ni para el *tránsito* de la vida a la muerte, y la *influencia de los muertos* (como una nostalgia, como un temor) escapa a las reglas del texto aunque acompaña a las personas. Frente a esta dificultad se destaca la función del texto histórico. Al inscribir vidas y muertes en una narrativa, en un orden cronológico, la historia “crea relatos del pasado que son el equivalente de los cementerios en las ciudades; exorciza y confiesa una presencia de la muerte en medio de los vivos” (de Certeau, 1993:103). Fija esa presencia inasible, es capaz de “hacer la historia” (...) y al mismo tiempo de ‘contar historias’, es decir de imponer las coacciones de un poder y de proporcionar escapatorias” (Ibidem). Es una escapatoria a la perplejidad frente a lo desconocido, aun frente a lo que se teme, pero también define un espacio de disputa: en tanto son los vivos quienes hablan por los muertos, y tanto ‘hacemos’ como ‘contamos’ historias; esa escapatoria puede ser el relato escogido, el objeto historiado, la vida recuperada, el muerto evocado, el recorte analítico mediante el trabajo del historiador.

La constitución de un *resto observable* desde las distintas ciencias fue un proceso general de control, de dominio del hombre sobre la Naturaleza. Las relaciones con los muertos y la Muerte acompañaron este proceso. Hasta el siglo XVII, la convivencia con los vestigios de la muerte era algo cotidiano:

Las gentes que visitaban la iglesia, o los mercachifles de los tenderetes del cementerio -pues las galerías de los cementerios solían servir de mercado- corrían el riesgo de tropezarse a cada paso con algún despojo humano caído de un osario u olvidado por un sepulturero” (Ariès, 1982:121). Hombres y mujeres se preparaban para morir, sobre todo en una época en la que cualquier enfermedad más o menos grave era una certeza de muerte. Sin embargo, a lo largo de los siglos XVIII y XIX se desarrolló un largo proceso de toma de distancia, de abandono de esa coexistencia, tanto física (con los agonizantes y los despojos) como espiritual. Se establece “toda la distancia conjurada del horror a los muertos y de una nueva religión inventada en el ínterin, la nuestra (...) El culto moderno a los muertos es un culto del recuerdo dedicado al cuerpo, a la apariencia corporal (...) Asimilado tanto por las iglesias cristianas como por los materialismos ateos, el culto a los muertos se ha convertido hoy en la única manifestación religiosa común para creyentes e incrédulos de cualquier confesión. Nació en el mundo de las Luces, se desarrolló en el mundo de las técnicas industriales, poco predispuestas a la expresión religiosa, y sin embargo arraigó con tanta naturalidad que la gente olvidó sus orígenes (Ariès, 1982:127-130).

Si bien los despojos pueden ser racionalizados y nombrados (por ejemplo, el proceso de modernización de los cementerios en los Estados Unidos, durante el siglo XIX),³ para la muerte y sus vísperas no hay palabras. Por eso se elude aquello que no puede ser completamente nombrado, se aleja a los vivos de un tránsito acerca del cual no hay experiencia:

los moribundos son proscriptos porque son marginales de la institución organizada por y para la conservación de la vida (...)

³ Ver al respecto Kristin Ann Hass, *Carried to the Wall. American Memory and the Vietnam Veterans Memorial*, Berkeley, University of California Press, 1998. Capítulo 3: “Seashell Monuments and Cities for the Silent. American Funerary Traditions”

Con la muerte en suspenso, el moribundo cae fuera de lo pensable, que se identifica con lo que se puede hacer. Al salir del campo que circunscriben las posibilidades de intervención, entran en una región de insignificancia. Nada puede decirse allí donde nada puede hacerse (de Certeau, 1996:207-208).

La sociedad moderna “ha privado de su muerte al hombre (...) y se la devuelve únicamente cuando ya no la utiliza para turbar a los vivos” (Ariès, 1982:143). De este modo elimina su limitación para nombrar el proceso y *protege* a los vivos frente a una realidad que tanto muestra su finitud como su incapacidad de comprensión. Sin embargo, las sociedades deben dar cuenta de la muerte. Desde la literatura y desde el discurso científico se construye un utillaje discursivo y conceptual, aunque expuesto a la contradicción de esa parcela de realidad que no puede controlar:

La muerte que no se dice puede escribirse y encontrar un lenguaje, aun cuando, en este trabajo del gasto, retorna constantemente la necesidad de poseer por medio de la voz, de negar el límite de lo infranqueable que articula entre ellas presencias diferentes, de olvidar en un conocimiento la fragilidad que insta en cada sitio su relación con las demás (de Certeau, 1996:212).

Un ejemplo de esta posibilidad es el discurso patriótico, que surge con fuerza desde mediados del siglo XIX. Fue clave para la constitución de numerosas repúblicas modernas y construyó toda una mitología de los muertos por la Patria, apropiándose de los caídos en guerras pasadas.⁴

Sin embargo, este relato de los ciudadanos en relación con su Nación, la muerte idealizada de finales del siglo XIX y que alimentó a las multitudes al inicio de la Primera Guerra Mundial, fue contradicha brutalmente por los enfrentamientos y matanzas masivas que caracterizaron el siglo XX. Podemos ver los desafíos que enfrenta la escritura para dar cuenta de lo que ve. La predisposición para la guerra, se sintetiza en este fragmento, muy popular en los años iniciales de la guerra, del poeta Rupert Brooke (Brooke, 1994:148):

4 Para el caso argentino ver Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 290 y ss. Para una mirada internacional, George Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memories of the World Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

If I should die, think only this of me:
That there's some corner of a foreign field
That is for ever England. There shall be
In that rich earth a richer dust concealed;
A dust whom England bore, shaped, made aware,
Gave, once, her flowers to love...

Pocos años después uno de sus admiradores, Siegfried Sassoon (Sassoon, 1958) escribía en un tono bien distinto. Desde el poema de Brooke las sociedades occidentales habían tenido posibilidad de conocer las formas atroces de enfrentamiento que caracterizaron la Primera Guerra Mundial sintetizadas en la guerra de trincheras. Una forma de narrar la muerte de los combatientes, presente en Brooke, ya no es posible. La guerra moderna, vista en 1917, es otra cosa, *no puede ser escrita como antes*:

I knew a simple soldier boy
Who grinned at life in empty joy,
Slept soundly through the lonesome dark,
And whistled earthly with the lark.

In winter trenches, cowed and glum,
With crumps and lice and lack of rum,
He put a bullet through his brain,
No one spoke of him again.

You smug-faced crowds with kindling eye
Who cheer when soldier lads march by,
Sneak home and pray you'll never know
The hell where youth and laughter go.

Entre Brooke, que coloca la muerte por la Patria como lo más excelso, y Sassoon, que habla de un suicidado ante lo que, ve se produce un cambio en la experiencia acerca de la muerte y sus racionalizaciones, por lo tanto, un desfase en las posibilidades de la escritura para relatarlo. Una guerra millonaria en muertos obligó a apelar a nuevas formas para contarla, y reveló la incapacidad

5 Sólo en el cementerio militar de Tyne Cot, en Yprès, hay 34.000 nombres de desaparecidos británicos, producto de las batallas por el Saliente entre 1914 y 1918. En el Osario de Douamont, en Verdun, se acumulan los restos de doscientos mil alemanes y franceses sin identificar. Los hallazgos de restos continúan hoy.

de las prácticas sociales para acercarse a los miles de muertos. Introdujo también, a través del efecto devastador de los explosivos y el barro, la figura de los desaparecidos, por decenas de miles.⁵ Una de las respuestas sociales fue el retorno a prácticas antiguas, un intento por ingresar al mundo negado por lo racional: visitar a los muertos en su región, comunicarse con los seres queridos arrancados del hogar para siempre mediante los espiritistas y los mediums, que proliferaron durante la posguerra.⁶

La Primera Guerra Mundial inauguró un siglo de muertes masivas. Los miles de muertos y sus deudos, los millones de heridos y mutilados, y desarrollos tecnológicos como la fotografía y el cine, o la masificación de la prensa, instalaron con fuerza esa experiencia en la cultura occidental. No obstante, el paso del tiempo permitió su asimilación mediante prácticas que sentaron modelos para las guerras posteriores: estandarización de los cementerios de guerra, la elección de un soldado desconocido para homenajear a todos, la instalación de fechas conmemorativas. Luego del impacto brutal fueron hallados medios colectivos de incorporación del conflicto a la historia, que pudo ser narrado cuando fue asimilado al pasado:

Sólo el fin de una época permite enunciar eso que la ha hecho vivir, como si le hiciera falta morir para convertirse en libro. Entonces escribir (ese libro) es tener que avanzar a través del terreno enemigo, en la región misma de la pérdida, fuera del dominio protegido que había dividido la localización de la muerte en otra parte. Es producir frases con el léxico de lo perecedero, en la proximidad y hasta en el espacio de la muerte. Es *practicar* la relación entre gozar y manipular, en ese intervalo donde una pérdida (un lapsus) de la producción de bienes crea la posibilidad de una espera (una creencia) sin apropiación pero ya agradecida (de Certeau, 1996:215).

De este modo, una guerra es un alto en un continuo, en un sentido común que asigna al devenir histórico una cualidad de progreso inmanente. La guerra decisiva desde el punto de vista de las historias individuales (la guerra que mató al hermano, al esposo, al padre) es transformada, de algún modo, es un accidente.

6 Ver el interesante análisis de Jay Winter, *Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Capítulo 3: "Spiritualism and the 'Lost Generation'".

El historiador, la escritura y los muertos

El historiador que escribe sobre sucesos de hace diez o veinte años, convive con ese pasado que su tarea debe enterrar. Avanza sobre “el suelo mortífero donde se traza su acción itinerante”, y al igual que el escritor, “es también el moribundo que intenta hablar. Pero en la muerte que sus pasos inscriben sobre la página en negro (y ya no en blanco), sabe, puede decir el deseo que espera del otro el exceso maravilloso y efímero de sobrevivir en una atención que él mismo altera”.

Cuando nos ocupamos de procesos que implican la muerte violenta de varias personas, o, más específicamente, de su desaparición,⁷ este suelo mortífero cobra la forma de rostros y voces identificables. Como en la cita de Ítalo Calvino, el mundo de los muertos se parece en forma inquietante al que atravesamos todos los días para ir a trabajar o enseñar. La función que socialmente cumple nuestra tarea, ese rito de entierro, no nos satisface, o por lo menos genera un gran dolor: somos los moribundos acerca de los que escribimos; las voces que los reclaman o extrañan no tienen la forma de la palabra impresa, sino que las escuchamos y vemos las bocas que articulan esos pedidos. El temblor frente a los bombardeos en un cerro no es un párrafo más o menos logrado en unas memorias, sino una realidad que obliga a interrumpir una conversación. La derrota de un grupo ya no es un anónimo parte policial, un acta judicial (o no sólo eso), sino un nervioso movimiento de manos sobre una mesa, durante una entrevista, ayer mismo.

Al investigar sobre el pasado reciente el historiador entierra, pero también exhuma. Muestra aquello que no estamos acostumbrados, o que no queremos ver: la muerte que convive con nosotros. En los vivos que interroga, encuentra las marcas de un hecho ineluctable de nuestras vidas: su finitud. Esa sensación incómoda se complementa con otra: la exhumación abre el camino a una apropiación; incorporar un pasado a nuestra historia es también reconocer en el dolor ajeno el propio, la posibilidad de un gesto de humanidad:

La historiografía se sirve de la muerte para enunciar una ley (del presente) (...) Con su narratividad proporciona a la muerte una representación, que al instalar la carencia en el lenguaje, fuera de la existencia, tiene valor de exorcismo contra la

7 Es perturbador pensar las relaciones entre el ocultamiento/extrañamiento de los cuerpos de las víctimas (y aun de su muerte, en tanto “desaparecidos”) y el proceso de alejamiento de los hombres de su propia muerte y la de sus semejantes que describe Ariès. La desaparición pasa a ser “un adelanto” de la muerte, y a la vez una negación de la misma.

angustia. Pero *por su manera excepcional de actuar*, llena la laguna que ella misma representa, y utiliza el lugar para imponer al destinatario un querer, un saber y una lección (...) Los muertos de los que habla se convierten en el vocabulario de un trabajo que se va a comenzar (de Certeau, 1996:117-118).

La laguna que se llena es el proceso de dar sentido al pasado al narrarlo. La “ley que se enuncia”, entonces, depende en gran medida de los nombres que se le asignen al relato histórico en la narración que se construye (“hacemos historias y contamos historias”).

La cultura posee gran cantidad de elementos para dar cuenta de la muerte, aun de aquellas más inexplicables. Pero las vidas de los muertos, narradas por el trabajo del historiador, pueden confrontar con las formas elegidas para dar cuenta de su muerte, porque este produce al destruir, y al introducir nuevos elementos realiza la posibilidad de que el contenido (el dato, la historia) desgaste la forma (el modelo cultural para relatar una matanza, un juicio histórico).

En la historia reciente confluyen dos elementos complejos: la muerte traída de la mano por los relatos de los vivos, o por los muertos mismos evocados por estos, y la *historicidad tangible* de nuestro trabajo, palpable a partir de esa convivencia y de las resistencias subjetivas de los testigos a transformar las heridas en pasado. Es una historia al límite de sus posibilidades y a la vez ubicada en el limes de lo que con nuestro utillaje cultural podemos explicar.

El trabajo sobre sucesos recientes demuestra lo incompleto del proceso de dominio del hombre sobre su realidad en su extremo: la muerte. El recurso frente a esto pasa a ser su transformación en texto, aunque incompleta, desde la literatura y desde la ciencia. Las respuestas de esta última, sobre todo, son necesarias para la reproducción social:

desde hace tres siglos, se ha necesitado esta división de la vida y de la muerte para que sean posibles los discursos saturados de la ambición científica, capaces de capitalizar el progreso sin sufrir la falta del otro. Pero únicamente su transformación en instituciones de poder les ha permitido constituirse (de Certeau, 1996:212).

De algún modo, ese poder está minado por el trabajo que revitaliza lo inaprensible y a la vez finito de las creaciones humanas. Pero no es una voluntad de destruc-

ción sino un impulso vital el que lleva al investigador a esa zona dolorosa y sombría. Cree que los recursos de su ciencia lo ayudan en la tarea, le permiten racionalizar la ausencia que estudia, a la que se expone, que enfrenta. Caminar por esa tierra de nadie entre la vida y la muerte, entre los vivos y los muertos, es una posibilidad de llamar la atención de los primeros acerca de los rápidos procesos de olvido y recuerdo que obliteran historias personales que aún son urgentes para otros semejantes.

Allí es donde el historiador encuentra los límites que le impone su propia tarea y las herramientas que ha elegido para ella. Porque el escritor puede soñar con una victoria:

Toda versión es inefable, y todo hecho es tangible. En el escoliasta hay un eterno aspirante a demiurgo. Su soberbia es castigada con la tautología. El único modo de escapar al hecho ineluctable de la muerte en masa de las aves, sería imaginar que hemos presenciado la hecatombe durante un sueño. Pero no nos sería dable interpretarlo, puesto que no sería un sueño verdadero.

Sólo nos queda el hecho consumado. Con nuestros ojos las miramos muertas sobre la tierra. Más que el terror que nos procura la hecatombe, nos llena de pavor la imposibilidad de hallar una explicación al monstruoso hecho. Nuestros pies se enredan entre el abatido plumaje de tantos millones de aves. De pronto, todas ellas, como en un crepitar de llamas, levantan vuelo. La ficción del escritor, al borrar el hecho, les devuelve la vida. Y sólo con la muerte de la literatura, volverían a caer abatidas a tierra (Piñera, 2003).

Pero esta certeza no es posible para el historiador. Si como señala de Certeau, “el lugar que se conceda a la técnica coloca a la historia del lado de la literatura o del lado de la ciencia” (de Certeau, 1993:82), la narración y explicación de esa muerte que duele y está presente es la demostración del daño, del dolor, de la ausencia, de lo que sólo puede ser escrito porque sucedió.

Bibliografía

Aries, Philippe. (1982) *La muerte en Occidente*. Barcelona, Argos Vergara.

- Brooke, Rupert. (1994) "The Soldier". EN: *The Works of Rupert Brooke*. London, The Wordsworth Poetry Library.
- De Certeau, Michel. (1993) *La escritura de la Historia*. México, Universidad Iberoamericana.
- (1996) *La invención de lo cotidiano*. México, Universidad Iberoamericana.
- Piñera, Virgilio. (2003) "La muerte de las aves". EN: Brasca, Raúl y Chitarroni, Luis (selección). *Textículos bestiales*. Buenos Aires, Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.
- Sassoon, Siegfried. (1958) "Suicide in the Trenches". EN: *Collected Poems*. London, Faber and Faber.